

## CAPÍTULO XII

*La guerra cleoménica. – Arato decide confederarse con Antígono. – Gestiones de Nicófanos y Cércidas. – Arenga que éstos hacen a Antígono.*

Observaba Arato que el pudor contenía a los etolios para tomar las armas abiertamente contra los aqueos debido a los recientes beneficios recibidos de éstos en la guerra contra Demetrio (año -225), pero que mantenían tratos secretos con los lacedemonios. Advertía que la envidia llegaba a tal extremo, que a pesar de haberles Cleómenes quitado y tomado con dolo a Tegea, Mantinea y Orcómeno, ciudades no sólo aliadas, sino gobernadas entonces por las mismas leyes, lejos de ofenderse de este proceder, le habían asegurado su conquista. Extrañaba que hombres a cuya ambición les era suficiente antes cualquier pretexto para declarar la guerra contra los que en cierto modo les habían ofendido consintiesen ahora voluntariamente en que les faltasen a la fe y en perder de grado las principales ciudades, sólo por ver a Cleómenes en estado de contrarrestar a los aqueos. Estas consideraciones determinaron a Arato y demás próceres de la República a no provocar a nadie con la guerra, pero sí oponerse a los intentos de los lacedemonios. Al principio no tuvieron otra trascendencia sus deliberaciones; pero dándose cuenta en la consecuencia que Cleómenes, con la osadía de construir el Ate-

neo en el país de los megalopolitanos, se les declaraba abiertamente por su cruel enemigo; entonces, convocada a junta la nación, resolvieron hacer público su resentimiento contra los lacedemonios. Tal es el principio y época de la guerra llamada cleomélica.

Al principio los aqueos se propusieron hacer frente a los lacedemonios con sus propias fuerzas; en parte porque conceptuaban que lo más honroso era no mendigar la salud de ajena mano, sino defender por sí mismos su ciudad y provincia; en parte porque querían conservar la amistad con Ptolomeo por los beneficios anteriores, y no dar a entender que en tomar las armas llevaban otro objeto. Ya se hallaba algún tanto empeñada la guerra. Cleómenes había abolido la antigua forma de la República y había sustituido la tiranía en vez del legítimo gobierno; pero continuaba la guerra con sagacidad y esfuerzo. Entonces Arato, que preveía y temía para el futuro el artificio y audacia de los etolios, se propuso malograr con anticipación sus intentos. Advertía en Antígono un rey laborioso y prudente, al paso que escrupuloso observador de los tratados. Vivía firmemente persuadido que los reyes por naturaleza a nadie reconocen por amigo o enemigo, sino que regulan siempre la amistad o enemistad en la balanza de la conveniencia. Bajo este supuesto resolvió abocarse en Antígono y unir con él sus fuerzas, haciéndole ver las ventajas que de ello le resultarían. Manejar este asunto a las claras no lo juzgaban procedente por muchas razones. Por supuesto, esperaba que Cleómenes y los etolios se opondrían al proyecto; a más de que en el hecho de acudir por socorro extraño, el pueblo aqueo se desanimaría y presumiría que ya en él tenía del todo perdidas las esperanzas, cosa que de ningún modo quería diesen a entender sus operaciones. Por lo que determinó manejar en secreto el proyecto que maquinaba. De aquí se originó el verse precisado contra su voluntad a decir y hacer en el exterior cosas que, aparentando un aire contrario, ocultasen su designio. Ésta es la razón por que no se encuentran en sus comentarios algunas de estas circunstancias.

Sabía Arato que los megalopolitanos sufrían la guerra con impaciencia, tanto porque, vecinos a Lacedemonia, se hallaban más expuestos que los demás, como porque no les suministraban los auxilios suficientes los aqueos, a quienes tenía igualmente abatidos el peso de esta desgracia. Conocía claramente lo propensos que estaban a la casa real de Macedonia, por los beneficios recibidos en tiempo de Filipo, hijo de Amintas. De ello infería que si Cleómenes los estrechaba al instante acudirían a Antígono y buscarían la protección de Macedonia. Comunicado en secreto todo el proyecto a Nicófanos y Cércidas, dos megalopolitanos que tenían derecho de hospitalidad con su padre, y muy a propósito para el asunto, fácilmente consiguió por su mediación que los megalopolitanos adoptasen el pensamiento de enviar legados a los aqueos, para conseguir licencia de acudir a Antígono por socorro. Los megalopolitanos eligieron por diputados al mismo Nicófanos y Cércidas para con los aqueos, y desde allí en derecho para con Antígono, en caso que esta nación lo aprobase. Efectivamente, los aqueos permiten a los megalopolitanos su embajada. Nicófanos se presenta al rey inmediatamente, le expone cuanto a su patria breve y sumariamente lo preciso, pero se extiende mucho sobre lo general de los negocios según los mandatos e instrucciones de Arato.

Tales fueron sus razones: demostrar a Antígono el poder y miras de la liga de los etolios con Cleómenes, y hacer ver que, aunque amenazaba primero a los aqueos, consecutivamente descargaría sobre él mismo y con más fuerza; que era evidente que los aqueos no podrían sostener la guerra contra estas dos potencias, pero que era aún más fácil de comprender que lo primero al que tuviese entendimiento, que los etolios y Cleómenes, una vez sojuzgados los aqueos, no se satisfarían ni se contendrían en este estado; que la codicia de los etolios no era capaz de saciarse, no digo en los límites del Peloponeso, pero ni aun en los de Grecia toda; que aunque parecía que la ambición de Cleómenes y todos sus designios se contentaban por de pronto con el mando del Peloponeso, una vez éste conseguido, anhelaría consecutivamente por el de Grecia, al que no podía llegar sin la previa catástrofe del imperio macedonio. En este supuesto, le rogaba que, atento al futuro, reflexionase cuál tenía más cuenta a sus intereses, o junto con los aqueos y beocios disputar a Cleómenes en el Peloponeso el mando de Grecia, o abandonando la nación más poderosa, arriesgar en Tesalia el imperio de Macedonia contra los etolios, beocios, aqueos y lacedemonios. Finalmente, expusieron que si los etolios, en atención a los beneficios recibidos de los aqueos en tiempo de Demetrio, diesen a entender les acomodaba el sosiego como hasta ahora, los aqueos solos se defenderían contra Cleómenes; que siéndoles la fortuna favorable, no necesitarían de auxilio; pero que si les era adversa, y los etolios unían sus armas con los enemigos, le rogaban estuviese a la mira de los negocios para no dejar pasar la ocasión de socorrer al Peloponeso en tiempo que podía aún salvarlo. Cuanto a la fidelidad y reconocimiento al beneficio, creían que debía estar seguro, pues prometían que Arato, cuando llegase el caso, daría testimonio a satisfacción de ambas partes y cuidaría de indicarle el tiempo de venir al socorro.

Escuchado este discurso, Antígono calificó de acertado y prudente el consejo de Arato, y puso en consecuencia toda su atención en los negocios. Escribió a los megalopolitanos prometiéndoles socorro, siempre que fuese con la aprobación de los aqueos. Regresados a su patria Nicófanos y Cércidas, entregaron las cartas del rey y dieron cuenta de la inclinación y afecto que les había dispensado. Alentados los megalopolitanos con esta noticia se dirigieron al punto a la asamblea de los aqueos, para persuadirles a que hiciesen venir a Antígono y le encomendasen lo antes posible el manejo de la guerra. Arato, informado privadamente por Nicófanos de los sentimientos del rey para con los aqueos y para con él mismo, se hallaba sumamente gozoso de ver que no había formado en vano el proyecto, ni había encontrado en Antígono tan absoluta oposición como esperaban los etolios. Pero lo que más conducía a su propósito era la inclinación de los megalopolitanos en dar a Antígono el manejo de la guerra con consentimiento de los aqueos. Su principal deseo era, como hemos indicado anteriormente, no necesitar de auxilio; pero llegado el caso que la necesidad le obligase a implorarlo, prefería más se llamase al rey por toda la nación, que por sí solo. Temía que después de haber venido este príncipe y vencido a Cleómenes y los lacedemonios, si tomaba alguna providencia en perjuicio del gobierno común, no le atribuyesen todos la causa de este accidente; creyendo que en esto obraba Antígono con justicia, en satisfacción de la injuria que él había cometido antes contra la casa real de Macedonia en la toma del Acrocorinto. Y así lo mismo fue venir los megalopolitanos a la asam-

blea general, presentar las cartas a los aqueos, dar cuenta de la buena acogida que el rey les había hecho, pedir se le enviase a llamar lo antes posible y que este mismo era el voto de toda la nación, tomó la palabra Arato, y luego de haber aplaudido la buena voluntad del rey y aprobado la resolución del pueblo, pronunció un largo discurso, exhortándolos a que intentasen ante todas las cosas defender por sí sus ciudades y campiñas. Esto era lo más glorioso y procedente. Y en caso de serles adversa la fortuna, entonces recurriesen al auxilio de los amigos, cuando ya hubiesen probado todos los arbitrios domésticos.